



CARABANCHEL 1974 – 1975 (1)

En una tasca de la Ronda de Atocha, muy cerca de la Estación, me encontré con un antiguo compañero, Alfonso Doce, que comía unos gurriatos fritos cogidos en el antiguo Campo del Gas, donde se

celebraban combates de lucha libre, acompañados de un porroncillo de vino clarete, rogándole yo que me admitiese a entrar en partes.

El me admitió diciéndome:

-Sí, pero tú pagarás tu parte.

Como no podía ser de otra manera, él, sabiendo que a mí me gustaba escucharle con su “Jacarandana” o lengua de rufianes, me contó, una vez más, de su paso o estancia en la “banasta” o “talego” de Carabanchel.

-Ya sabes que yo me movía por Madrid Adalí, en compañía de los poetas malditos del Café Gijón o los libertarios del Café Libertad. Yo editaba un fanzine: “PAX”, porno anarquista xerocopia, y como era un poco acarabeador, hablador, parlanchín, la policía judicial iba tras de mí, pues el impresor de la imprenta, en Callao, un militar retirado condecorado con la cruz negra de asesino por la patria, me había denunciado.

Un día, al salir de la imprenta, fui abrazado, detenido, por siete de ellos al estilo del “Abrazo de Jorge”: se acercó uno de ellos por la espalda, echándome el brazo derecho al cuello, empujándome con una pierna para dejarme indefenso, mientras otro de sus cómplices me quitaba la cartera de mano de piel marrón donde yo llevaba los fanzines.

Otro de ellos abrió la cartera, cogiendo un ejemplar con las puntas de sus dedos pulgar e índice dejándosele a los demás cómplices para leerlo mientras me llevaban a un coche azul oscuro camuflado.

-Tienes que venir con nosotros. Somos policías.

-A ver si es verdad, enseñadme las placas.

Siete placas relucientes deslumbraron mis acaís, ojos, preguntándoles:

--¿Adónde me lleváis?

-A la Puerta del Sol; y gratis.

CARABANCHEL 1974 – 1975 (2)

Ya abroncado por dar publicidad a ideas anarquistas y contra el tardío franco fascismo, haciendo figurar en el fanzine “PAX” textos alegres de la voladura de un general y la próxima llegada de la Libertad plena, antes de clasificarme la Bofiada que me había acerrado, arrestado, me mandaron a uno de sus calabozos en los sótanos de la Puerta del Cam, Sol, escuchándoles decir por sus caras de acha: “Ha caído una buena pieza”.

Pasados unos días con sus noches, que ellos aprovecharon para asaltar mi domicilio, registrar mi “Baúl de Arte y Revolución”, llevándose como pruebas de un “imaginario delito”: una revista de pornografía vivita y coleando, y dos libros a punto de cerrar: “Cómo Ser Malo”, y “Cómo Tener El Diablo En El Cuerpo”, ateos y republicanos los dos, sin saber si era de día o de noche, me achantaron, me sujetaron y amilanaron llevándome a hacer las fotos de rigor por todos los lados; diciéndome la mayoría de ellos al pasar:

-No pienses que te vamos a hacer las fotos como esas que figuran en tu revista pornográfica. Ja, ja, ja.

Después de pasar los varios interrogatorios en una sala, que a mí me parecía “establecimiento de peristas”, intentando sonsacarme y chivar nombres, consumidos o gastados de no conseguir nada; y después de suplicarles que lo mío era Arte, y que tenía que volver a casa pues mi madre estaba medio inválida por un accidente sufrido, y mi padre era un verderol jubilado necesitado de ayuda, uno de ellos trajo una orden del Comisario aferrador o Baranda de Policía, que se sentía obligado de mandarme a Carabanchel porque le había puesto en el cargo ese alto general elevado a las alturas.

-Pero no sufras, dijo uno de ellos, que antes de marchar, comerás bien; y allí, en Carabanchel, vas a hacer buenos amigos.

Me sentaron a una mesa que daba a la calle del Correo y ellos mismos me sirvieron un plato de sopa caliente, como de campamento militar, un plato con dos huevos fritos con patatas fritas, una pera, pan y una botella de agua medio fría.

Después de esos días sin beber ni comer en el calabozo, lo primero que hice fue beberme de un trago la botella de agua.

Al día siguiente, me devolvieron mis alhajas: la cartera y el reloj. Me hicieron pasar ante un individuo “cagatintas”, funcionario público, que me preguntó si me dolía algo, y si me habían atizado,

diciéndoles yo que eso no, pero daño interior un montón y el daño de pasar esos días en ese lóbrego calabozo sin pan ni agua, un martirio.

En ese instante, me vino una señorita que me pareció guapa y afable, que no me hizo sentir nada pues mis albares, testículos, estaban dormidos, quien me entregó un pequeño impreso de ingreso en Carabanchel con el distintivo de “Anarquista muy peligroso”.

Estos andobas, individuos represivos, como no sabían qué distintivo ponerme, colgaron a mi espalda el sambenito de culpas de vagos y maleantes; y eso que, en ese entonces, trabajaba en la empresa Hauser y Menet en la calle La Ballesta; de pornográfico (la Pornografía estaba muy castigada; y los españoles tenían que ir a ver porno a San Juan de Luz, Sur de Francia; y por anarquista, ya que en PAX aparecían los Amigos de Durruti; Cenit la revista anarquista de Toulouse, Francia, entre otras.

Así, después de no pensárselo mucho estos castigantes con piel de anguila, decidieron ponerme esa vitola.

CARABANCHEL 1974 – 1975 (3)

De noche, a mí solo, me llevaron antojado, esposado, en una lechera, a la Iglesia de las Angustias, cárcel, presidio.

Nada más entrar, un carcelero balletero, que parecía apartador, ladrón de ganado, me quitó de nuevo la cartera y el reloj (el Apartador, mirando la cartera, le dijo a un compañero: “Es una araña blanca, cartera sin dinero” (yo sólo llevaba calderilla); después, me hicieron desnudar y ducharme con agua fría. Lo que más sentí yo era quitarme los balumbres, calzoncillos y que me vieran el “Ca”, órgano sexual..

Después de la ducha, como era ya de día, me cogieron las huellas y me llevaron a desayunar un café con chocolate en polvo, en vaso de plástico, que era agua de borrajas, junto con toda la flor de los recién apiolados, apresados, de todos los colores: comunes: ladrones, birladores, rateros, timadores, salteadores de bancos, maricones, testigos de Jehová, sociales, anarquistas, revolucionarios.

Antes de que a la multitud de preventivos nos distribuyeran a las galerías pertinentes, pasamos un par de días en un local de la planta radial jugando al ping pong, a las cartas y hablando mucho entre nosotros, contando batallitas.

Cuando un carcelero arbolado, corpulento, Bedó de ran, cabo de presidio, me nombró:

-Alfonso Doce, tú a la sexta galería; algunos de estos preventivos exclamaron:

-¿Adónde vas Alfonso XII? ¿Adónde vas triste de ti? Ja, ja, ja.

Ya en la celda señalada me dieron colchón, sábanas y manta. Colchón que, al día siguiente, me robaron, y que tuve que pagar por otro una Barbi, moneda de diez céntimos con dos caras o dos cruces y una Beata, moneda de una peseta.

Esto era una tortura y una congoja, pero como era joven tenía que vivir el momento hasta que me sacara de la cárcel mi amparo o abogado defensor, que fue un prestigioso abogado futuro padre de la Constitución.

Aquí, en esta celda para dos, de compañero me pusieron a un Arduji, asesino, “el Chino”, que había cometido siete asesinatos en robos y atracos, quien se tiró por la barandilla de los juzgados de Las Salesas cuando le iban a juzgar y condenar de por vida. Después, me colocaron a un atalaya o azor, ladrón importante de joyerías, cachuchero, ladrón de alhajas, por haberle cortado de cuajo la lengua a su novia que le había berreado o chivado a la policía, según me dijo.

Posteriormente, me trajeron a otro que era Testigo de Jehová, que me intentaba adormecer con sus tonterías, y que le metieron en chirona por hacer balcón, exhibir su órgano desde el balcón de su casa.

Antes de que llegara la muerte del César General, mi amparo, abogado, consiguió que me dieran boleta, sacándome del talego con condicional hasta ir al Barander, juez o magistrado, para celebrar el juicio.

Aquí, entre los comunes, y con la vista gorda del Apasionado o “Alcaide de la cárcel”, existía una pandilla de fulleros que forzaban o intentaban forzar al joven primerizo que entraba en la cárcel, apirabándole, fornicando con él o, mejor, dándole por detrás sin consentimiento y sujetado por otros, por la brava. Yo me libré por los pelos de que me la metieran por el As de oros o Culo.

Allí, en Carabanchel, había algún carcelero baboso y maricón, baliba o cerdo bujarrón que se había salido de cura, y se arrimaba o

amancebaba con jóvenes presos lechoncillos en el cine o el teatro, bajambándoles, tocándoles obscenamente su Ca, órgano sexual.

-Bueno, Alfonso, estupendo que nos hayamos encontrado. Nos volveremos a ver otra vez ¿no?

-Cuando tú quieras, compañero. Ya sabes por donde me ando.

-Daniel de Culla